

Un galanteador sin dinero es un pájaro sin alas.
Está demasiado alta para tí. Los poetas son locos.
Nunca llegarás hasta esa doncella.

Y dije yo á la estrella de los dulces ojos:
—Razón tenéis cien veces, señorita. Más me val-
dría estar enamorado de vos.

10 diciembre.

VIII

VISIONES DE COLEGIAL

Cuando se sale de retórica, del libro y del tinte-
ro, se tiene el alma quimérica y el corazón aventu-
rero.

Tiénense por nido paredes pardúscas, desvanes
fabulosos, que los ratones hacen siniestros, que la
ilusión torna azules.

No se es difícil para las divinidades que se van; y
las ninfas de Sicilia se apoyan de codos á la orilla del
techo.

Puesto que es necesario que convenga en ello, es
verdad: con frecuencia en el pasaje de Vivienne to-
mamos á Margots por Junos.

Toda la mitología viene á picotear en nuestros
zaquizamies, en los cuales hacemos una orgía de cie-
lós y de paraísos.

Medito. Sí, la vida es sombría y encantadora; y
guiños de ojos que me ponen en la fila de los dioses
acércanseme en la sombra.

El éxtasis habita en el quinto piso, el amor en la
frente del colegial multiplica los sueños del cenobita.

Soy cándido hasta el punto de estar á veces per-
suadido de que Venus me hizo señas desde su ventana,
situada en Saint-Mandé.

Bajo mi cráneo está mi ojo tan bien dispuesto para
sueños tales, que al través de mi planchadora se me
aparece Filodosia.

Una dulce camisera vino ayer á mi granero; la en-
cantadora muchacha traía destellos en su cesta.

Y, encantado por aquella aparición, me figuré que
veía caer á Hebe, toda temblorosa de aurora, encima
de la percha de mi palomar.

¿Cómo pintar el aire de alegría de dos ojos casi
inocentes? Fresca, sobre la cabeza tenía aquella luz
de sus diez y seis años.

Y el otro día, lleno de Homero, pensaba yo no sé
en qué; avanzaba por la quimera, muy junto á la ori-
lla sin pretil.

Una musa de frente suprema cruzó por mi hori-
zonte. —¡Es la misma Calíope!—grité.—Era Susana.

Atrevíme, en el tenducho en que un baúl es el
sofá, á sobar á Calíope; Calíope me arañó.

La modista es la sirena. Atraigo á Ana á mi morada, dándole nombres de reina á fin de tutearla.

Así vivo, el ojo encendido, con mis volúmenes, lejos del ruido, convirtiendo en estrellas á todas las mujeres, confusamente, en la noche.

A todas las he hecho diosas. Y sobre sus trapillos pongo el fulgor de las sombrías bóvedas ó el relámpago de las azules cimas.

A veces veo esbozarse la túnica bajo la rodilla para limpiar, y veo á la Diana jónica bajo la sedalina de Francineta.

Me deslumbro, solitario; porque es necesario que usemos, una tras otra, en la tierra, todas las ilusiones.

Espío y me aventuro á sondear con ojo ardiente la buhardilla y el empíreo, y contemplo; y mientras

que por la canal de mi tejado vaga algún gatazo bigotudo, Cipris se pone la liga y Palas se quita su pañoleta.

IX

HERMINA

Estaba en la edad austera en que se es fuerte en versión de la lengua materna, en que se busca, embriagado por no se sabe qué perfume, alguien á quien poder decir apasionadamente:—¡Yo te amo!

Entraba en los trece años, ¡oh verdes hojas! ¡jardines! ¡crecimiento obscuro y dulce de la primavera!, y amaba en secreto á Hermina, que tenía entonces ocho años.

A veces, aun cuando ella estuviese ocupada en jugar, yo iba, mudo, á sentarme á su lado, y fervoroso la contemplaba embebido mirar á su muñeca.

Hay una hora extraña en que se siente el alma nacer; cierto día sentí como un cántico de aurora en el fondo del corazón.—Bueno,—pensé,—avancemos, ¡hablemos!, ha llegado el momento de ser vencedor.

Tomé un aire profundamente serio, y le dije:—Minette, unamos nuestros destinos. Pido tu mano.—Y ella me respondió con este capirotazo:—¡Chiquillo!

X

¡ELLO EMPIEZA!

Vedles jugar en euclillas sobre la arena, ó bien sobre la hierba, entre las flores, tierno tapiz; el uno arrastra la carreta y tiene el otro la pala. El paraíso les habla, les llama el himeneo. Seis años dan á veces un cachete á tres años. Pasan luego los años y se avanza, ¡oh frescos senderos resbaladizos! Ella tiene seis años, él nueve; se casan; la aurora y la primavera coquetean; en el bosque, las palomas torcaces hacen cosas entre sí, en la sombra, que convierten en novios á dos niños. Pasa otro año, ó dos; las niñas son altivas; de pronto, dicen «no», y sienten en su boca la expansión

obscura y vaga del beso. ¡Cuidado, madres! En los corazones pósase Eros, salvaje ave sin ley, sin freno, sin regla, que comienza en paloma y acaba como águila. ¡No importa!, esto es exquisito. Cupido es Bebé; Píramo no sabe á qué sexo pertenece Tisbe, y Berenice juega al volante con Tito. ¡Bella edad, en la que el idilio es aún pequeñín!

XI

Era yo el soñador que piensa, y era ella el pájaro que huye; adorábala yo en silencio, ella á mí me amaba con gran ruido.

Cuando en cualquier elevada esfera creía cernerme victorioso, oíala producir estrépito abajo, en mi corazón.

Pero volvía á mi sueño y seguía amándola, crédulo de la divina mentira de las rosas y de los amores.

Las profundidades consteladas, el alba, la naciente luna y el amor, parecíanme mezclados con las cintas de su cofia.

Soñaba con un cielo extraño para mi eterno himeneo.—¿Qué sois?—gritaba.—¿Un ángel?—¿Yo?—decía ella.—¡Una chiquilla!

Y, alma asida en el cielo por un pinzón, sentía yo deshojarse mi poesía, que picoteaba su canción.

Decíame ella:—Oye, está mal que me hables de

vos, ¡eh! Y me daba toda la mano cuando me hubiese bastado el guante.

Romperme un miembro por ella; tal era mi deseo en ocasiones. Un día fui á su aposento, habíamos de ir al bosque;

pensaba que la encontraría bien vestida, casta como el oriente; y salió á abrirme en camisa. Yo me puse encarnado, ella riendo.

No sabía qué decirle, y me ví obligado á atreverme; no quería sino una sonrisa, fué necesario tomar un beso.

Y mi pasión discreta desvaneciése para siempre. Y el amorcillo puso á la puerta al amor.

XII

MAYO

No dejaré secarse las vincapervincas sin ir á oír lo que se dice bajo las ramas y sin atisbar, oculto entre el follaje infinito, la conversación de los nidos y las hojas. No hay más que un dios, el amor, y abril es su profeta. Me figuraré convidado á la fiesta que el pinzón cantor da al pluvial dorado; huiré de la ciudad y volaré—porque el alma del poeta es una vagabunda—hacia las hondonadas cubiertas de abundantes rosas. Allí, las mariposas blancas y las azules, así como lo divino se confunde con lo fabuloso, van y vienen, cruzando aquéllas sus alas alegres y listas, de manera que se les tomaría por resplandores celestia-

les; allí charlan los pájaros, buscándose y huyéndose; allí viene Margot (1) cuando se espera á Glicera; el ideal, desenmascarado, muestra sus piés de arcilla; se encuentra á Rabelais donde buscábase á Virgilio. ¡Oh juventud! ¡oh desnudos senos de las mujeres en los bosques! ¡oh qué vasto idilio y cuántas voces sombrías! ¡cómo todo el jaral, lleno de mundos invisibles, ríe en el claro-oscuro de las églogas profundas! Me gusta la visión de tales realidades; doquiera brilla la vida de los serenos ojos; la canción de los bosques tiene tal dulzura, que si Febo la oye cuando, pensativo, desata sus caballos, cansados hasta el punto de no poder resollar, se detiene y hace seña á las musas de que escuchen.

XIII

La griega y la parisiense hacen, por entre nuestras burlonas parejas, como al través del idilio antiguo, la misma carrera entre las flores.

Ambas son el amor, la alegría, la ojeada tierna ó atrevida, el capricho, y las dos se tapan á fin de ser vistas.

Ambas, enseñando los hombros, pronuncian no para decir sí, y Galatea está bajo los sauces como Níón bajo el abanico.

Dos hermanas. ¿Cuál de las dos? Pan vacila, en el fondo de los bosques, entre la Arcadia y la Francia, entre Teócrito y Segrais.

(1) Derivado de Margarita.

Romainville vale lo que el Taigeto, y recogiendo á su paso los ramilletes que el tiempo le arroja, la égloga no daría,

en el claro del bosque en que la avellana crece junto al lirio, por los desnudos piés de Amarilis la media estirada de Frisette.

XIV

Llegó cuando me disponía á leer á Homero. Mis ojos estaban llenos de la inmensa quimera de Aquiles, y de los combates que oía relinchar.—¿Qué haces ahí? ¿Quieres venirte?—me dijo.—Pero ¡qué bestia eres! Y la prueba está en que no ves que llevo mi traje nuevo. Iremos á Verrière, donde comeremos aquellas fresas que se encuentran entre los albohóles. Seréis bueno... ¡Ah, no! ¡nada de cosas feas! ¡Figúrate que se dice que allí todo está lleno de rosas! ¡Bien escogiste el momento para leer un librote viejo!

Me levanté, me puse mi chaqueta de nankin, y Susana se me llevó, pisando con su botita á Lemnos, á Egialea y la roca Ecythina.

XV

PRINCIPIO DE UNA ILUSIÓN

Llueve; la bruma es espesa; llegó noviembre con sus tonos rojizos y el invierno, esa espantosa sierra que Dios nos envía á los pensadores.

La abeja erraba, era el alba extensa, el pájaro lanzaba ligeros gritos, los moscones tocaban paso de carga para el asalto á los rosales floridos.

Aquello era encantador. ¡Adiós aquellas fiestas, adiós alegría, adiós estío, adiós tumulto de cabezas en la risa y la claridad!

¡Adiós bosques en los cuales el viento lucha, en los que Juan, buscador de nidos de gorriones, tocaba la flauta tan bien como un griego de la isla de Tinos!

Se hace necesario volver á la gran ciudad que Alceste dejara á Enrique, en la que la multitud aún sería vil si Voltaire no hubiese reído.

¡Negro París! ¡montón de piedra lúgubre que, sin Molière y Rabelais, no sería otra cosa que un jalón sosteniendo la cadena de los palacios.

Es necesario volver al laberinto de pasajes, de callejones, de costumbres, en el que se siente, en la inmensidad de los rumores, un temor sombrío.

Miraré á mi vecina, puesto que no tengo otra flor, el vidrio vago en que se dibuja su perfil, divino de palidez,

su hornillo, en el cual se hincha la crema, sus labios que aún dicen mamá... ¡Cuidado!, esto es el umbral de un poema, es casi la orilla de una novela.

Mi vecina es una obrera de frente de nieve, de dientes de esmalte, á la que se ve todas las noches en oración y todas las mañanas en el trabajo.

Este ángel ignora que yo existo, y, dejando vagar sus ojos negros, sin saberlo me pone triste, y alegre sin quererlo.

Es limpia, dulce, fiel, y recibió de Dios, que la bendice, sencilleces de golondrina que no sabe sino hacer su nido.

XVI

ETAPAS DEL CORAZÓN

1817

ADOLESCENCIA

Iba yo ¡oh tiempo lejano! á soñar al Luxemburgo, desde el alba, y yo mismo era la mañana. Los nidos dialogaban en voz baja, y las desiertas avenidas estaban envueltas en sombra y sol; yo estaba pensativo, era profundo, era pueril. ¡Cómo miraba y qué modo de espiar! ¿A quién? á la Venus, á la Hebe, á la ninfa cazadora. Sentía la invisible caricia de la primavera. Acechaba lo desconocido. Vagaba. ¡Qué curioso es el Querubín en que se despierta Des Grieux! ¡oh mujer, misterio, ser ignorado al que se inciensa! A veces era obsceno á fuerza de inocencia. Mis miradas violaban la vaga desnudez de las diosas, en pie bajo el follaje del estío; contemplaba desde lejos aquellas redondeces mal cubiertas, y estaba enamorado de todas las estatuas; y hasta se me figura que encolericé á más de una. Las audacias en la sombra igualan á los terrores, y, atrevido como un paje y temblando como una liebre, olvidando latín, griego y álgebra, con la fiebre